

NICCOLO MACCHIAVELLI, SECRETARIO
FLORENTINO

EN LA primera mitad del año 1498, debiéndose reemplazar un secretario de la Señoría, el Consejo de los Ochenta y sucesivamente el Gran Consejo, eligen entre cuatro nombres, el de Nicolás Maquiavelo. El 14 de julio del mismo año se confirma su nombramiento y poco después, se le concede el único ascenso de su vida funcionaria, a jefe de la segunda cancillería, que trataba los asuntos internos y la guerra.

Son seis años que ha desaparecido Lorenzo el Magnífico y que, tras él, han comenzado a desvanecerse la Paz de Lodi, la Liga itálica y la política de equilibrio; son cuatro años que Carlos VIII, "missus a Deo", ha atravesado Italia y conquistado el reino de Nápoles sin desenvainar la espada y que en Florencia, expulsado Piero "lo Scacciato". Savonarola ha instaurado su república teocrática, bastión de una apocalíptica "renovatio"; son poco menos de dos meses que el mismo Savonarola ha sido ejecutado en la plaza de la Señoría y que, desaparecida su democracia moralista, los "grandes", banqueros y comerciantes, han restaurado la oligarquía.

Maquiavelo ocupará el cargo hasta 1512: catorce años cruciales para Florencia, para Italia y para Europa. En 1500, Luis XII, sucesor de Carlos VIII, conquista Milán y pacta con Fernando de Aragón la división del Reino de Nápoles; vencido cuatro años más tarde, deja a los españoles dueños de toda Italia meridional. Florencia, devastada por las turbulencias que los Medici fomentan y apoyan desde el destierro, conduce sin gloria ni inteligencia la larga guerra contra Pisa, que le permitirá su anexión en 1509. César Borgia crea y pierde su efímero Estado y Julio II organiza, en función antivenecciana, la primera coalición continental. Italia ya es el campo de batalla de Europa y presa y premio de toda fugaz hegemonía. Julio II, para expulsar a los "bárbaros" franceses, organiza una segunda liga constituida en su mayor parte por otros "bárbaros"; los franceses son expulsados sólo para dejar su lugar a los españoles, que abaten la república florentina, aliada tradicional de Francia, y restauran la señoría de los Medici.

Son cuatro siglos de fragmentación política y de implacable

facciosidad feudal, eclesiástica, proimperial y comunal que maduran y dan duraderos frutos en este período comprendido entre la muerte de Lorenzo y la paz de Cateau-Cambresis; los cuatro siglos siguientes de la historia política de Italia, son determinados por estos sesenta años, en los que hay un ojo de ciclón que se extiende desde la expedición de Carlos VIII, hasta los tratados de Barcelona y de Cambrai; en él se ubica, con coincidencia cronológica casi exacta, el secretariado de Maquiavelo, en él se forja la “larga experiencia de las cosas modernas” que Maquiavelo acumula en aquellos años y que, si bien sólo en sus obras mayores dará la justa medida de su amplitud, se manifiesta ya casi en cada escrito de este período de aprendizaje.

Como introducción a él, se podría citar la carta del 9 de marzo de 1497, escrita para informar a un amigo “de las cosas de aquí acerca del fraile” (Savonarola) y, en particular, sobre la actitud de éste hacia la Señoría, recientemente elegida, que le era adversa por dos tercios. Maquiavelo describe la fogosidad de sus predicaciones, en las que retrata “con terrores grandes” a sus “pérfidos adversarios”, camarilla del diablo, y en las que profetiza un tirano escondido en Florencia. Sin embargo, cuando Savonarola se hubo convencido de que su eliminación no estaba en los planes de la Señoría, “cambió capa” y, dejándose de hablar de pérfidos y de tiranos, trató de aunar a todos contra el Papa. “Y así, a mi juicio, le sigue la corriente a los tiempos y según éstos colorea sus mentiras”. De la controversia entre “piagnoni”, “palleschi” y “arrabbiati”, a Maquiavelo le interesa sólo el juego político implícito; la ironía con que refiere a estos hechos es un ardid socrático para reducirlos a su contenido esencial.

La disposición de Maquiavelo a la comprensión del mundo político trasluce de sus informes, aun de aquellos en los que la modestia de los hechos podría impedir la agudeza de la reflexión. Y sobre los hechos —a los que Maquiavelo respeta, cualquiera sea su entidad, como única auténtica manifestación del ser de la realidad— ejerce con alacridad y sin diletantismo su ingenio y su estilo, hechos el uno a la medida del otro. En el *Discurso sobre la guerra de Pisa*, que pertenece al año 1498, los consejos militares que da a los “Dieci di libertà e di balía”, se apoyan sobre un discurso político que posee conjuntamente el rigor y

la impasibilidad de un razonamiento científico y la animación y calor de la experiencia inmediata.

Al hablar de sus misiones diplomáticas, no hay que olvidar que ellas no fueron nunca deliberativas. Encargado en un primer tiempo de escribir cartas oficiales, se le asignaron sucesivamente algunas “legaciones”, con la tarea de “ritrarre”, escribir informes; como dice Villari, fue algo menos que un embajador, un “oratore”, y algo más que un observador de situaciones y de humores políticos. Estas misiones le proporcionaron la posibilidad de ver de cerca, y a veces de dentro, a los protagonistas mayores y menores de su época en sus acciones, pasiones y proyectos. Más tarde, en *El Príncipe*, dirá que junto a la historia, pero de ninguna manera por debajo de ella, la experiencia es la fuente de la ciencia política.

Después de algunas misiones menores, se le envía como “mandatario” a la corte de Luis XII de Francia, “il maestro della bottega”, el árbitro momentáneo de la situación italiana, en busca de ayuda para la desastrosa guerra de Pisa. Las cartas que envía, además de mostrar un buen conocimiento de las cosas de Italia y de Europa y de las sutiles relaciones diplomáticas entre Francia, España y Turquía, contienen juicios y planteamientos que más tarde serán objeto de ampliación en las obras mayores. Aconseja, por ejemplo, al cardenal de Amboise sobre la política que debería adoptar Luis XII en Italia, siguiendo “...la conducta de aquellos que en el pasado han querido poseer una provincia externa, que es de disminuir a los poderosos, halagar a los súbditos, conservar los amigos, guardarse de los compañeros, es decir de aquellos que quisieran tener en ese lugar igual autoridad”.

En 1502, por comisión de la señoría (“Nicolás, nosotros te mandamos a Imola donde el excelentísimo Duque de Valentinois”), debe informar sobre lo que César Borgia trama en daño de la república florentina y convencerlo de que Florencia desea paz con él y con el Papa, sin que ello menoscabe su alianza con Francia. Los cuatro meses que permanece en el séquito del duque, constituyen tal vez su experiencia fundamental de hombre político. Las cartas en que relata minuciosamente sus coloquios con el duque y con otros personajes, reflejan el entusiasmo de la inteligencia que comprende y construye, que de las cosas par-

ticulares se remonta con seguridad a la regla general. En la carta del 8 de noviembre, refiere el diálogo con uno de los “primeros hombres” del duque: “...Secretario, yo te he repetido otras veces que la actitud incierta de tus señores para con el duque es de poco provecho para ambos por esta razón, porque el duque, viendo que con vuestras señorías no se llega a nada, pactará con otros. Y esta noche quiero hacerte algunas confidencias; aunque yo hablo a título personal, lo hago no sin fundamento. Este señor (César Borgia) comprende bien que el Papa puede morir cualquier día y que le es necesario, antes de que ello ocurra, buscar un fundamento más sólido para mantener los Estados que posee. El primer fundamento con que cuenta es el rey de Francia; el segundo sus armas ...y ves que ha constituido ya un cuerpo de 500 infantes y de otros tantos caballeros ligeros, que en pocos días más estarán disponibles. Y puesto que él juzga que con el tiempo estos dos fundamentos podrían no bastarle, piensa conquistar la amistad de sus vecinos y de aquellos a los que conviene defenderlos para defenderse a sí mismos”.

En este razonamiento lleno de cosas concretas, el placer de la deducción se transmite al estilo rápido y enjuto; la respuesta de Maquiavelo es esencial como un aforismo: “...las amistades entre los señores se fundan en las armas y sólo éstas pueden mantenerlas”.

El 31 de diciembre del mismo año escribe apresuradamente a Florencia que el duque ha aprisionado en Sinigaglia a cuatro capitanes feudatarios que encabezan la resistencia a sus planes de expansión en Italia central, y que lo ha hecho a pesar de los salvaconductos que él mismo les había concedido. Posteriormente, en una carta más extensa, narra detalladamente el episodio, que él juzga una obra maestra de arte político, y refiere el comentario del duque: “...piensa que toda la ciudad (Florencia) ha contraído con él una deuda, diciendo que a Vuestras Señorías habría costado eliminar a Vitellozzo y destruir a los Orsini, doscientos mil ducados y que, además, no lo habríais logrado en una forma tan certera como lo ha hecho su señoría”. Maquiavelo no puede dejar de admirar energía tan coherente y segura: “se ve en él una fuerza inaudita, un ánimo y una espe-

ranza más que humana de poder obtener cada uno de sus deseos”.

El año 1503 ve nacer tres opúsculos en los que por primera vez se encuentran definidos algunos conceptos fundamentales de su método y de su credo: *Descripción del modo en que el duque de Valentinois hizo matar a Vitellozzo Vitelli, Oliverotto da Fermo, el señor Pagolo y el duque Gravina Orsini; Sobre la manera de tratar a los pueblos de Valdichiana rebeldes; Palabras sobre la provisión de dinero, tras un proemio y una excusa.*

El primer libelo narra, más extensamente que las cartas, los hechos de Sinigaglia, los planes de Valentinois sobre Bolonia, la rebelión de Urbino contra él, la dieta de sus adversarios en Magione, el rearme secreto del duque, sus declaraciones de amistad a los Orsini y Vitelli y la caída y muerte de éstos. A los ojos de Maquiavelo, la astucia fraudulenta del duque es una necesidad política y al recordar su urdiembre, pone en relieve con delectación intelectual, la perfección técnica con que fue llevada a cabo: “El duque, la tarde antes —que fue 30 de diciembre de 1502— de partir para Fano, comunicó su plan a ocho de sus más fieles, entre los cuales don Michele y monseñor d’Euna, que después fue cardenal; y les ordenó que apenas Vitellozzo, Pagolo Orsini, duque de Gravina, y Oliverotto vinieran a su encuentro, se pusieran dos de ellos entre cada uno, entregándolos a los hombres designados, que los llevarían a Sinigaglia, sin dejarlos partir hasta que, llegados al alojamiento, no hubieran sido apresado”.

“...Vitellozzo, Pagolo y el duque de Gravina vinieron al encuentro del duque montados en mulos y acompañados por pocos caballos; Vitellozzo, desarmado, con una capa forrada en verde, afligido como si presintiera su futura muerte, suscitaba a su alrededor una cierta admiración (siendo conocida su virtud y su pasada fortuna). Y se dice que cuando se separó de sus soldados para venir a Sinigaglia a encontrarse con el duque, se despidió como si fuera su último viaje y recomendó a sus capitanes su casa y la suerte de ella, y amonestó a sus sobrinos a que recordaran, no la fortuna de sus casas, sino la virtud de sus padres y tíos”.

“Llegados los tres delante del duque y habiéndolo saludado

cortésmente, fueron recibidos por él con rostro benévolo e inmediatamente rodeados por los que tenían el encargo de hacerlo. Viendo el duque que faltaba Liverotto (que se había quedado en Sinigaglia con sus soldados, en la plaza delante de su alojamiento, ejercitándolos en la disciplina y en las maniobras militares), hizo señas a don Michele, al que se le había confiado Liverotto, para que procurara que no se escapara. Por lo que don Michele, habiéndose dirigido al galope donde Liverotto, le dijo que no era tiempo de tener a los soldados formados fuera de los alojamientos... y que lo exortaba a acuartelarlos y a ir con él donde el duque. Habiendo Liverotto obedecido la orden, llegó el duque y viéndolo, lo llamó. Liverotto, una vez que lo hubo saludado, se unió a los demás. Ya en Sinigaglia, habiéndose apeado en el alojamiento del duque, entraron en una habitación secreta, donde fueron hechos prisioneros por él. Inmediatamente después dispuso que los soldados de Liverotto y de los Orsini fueran desarmados. Los de Liverotto, por estar cerca, fueron desvalijados. Los de los Orsini y Vitelli, estando lejos y habiendo presentido la ruina de sus señores, tuvieron tiempo de juntarse y, recordando la disciplina y virtud de la casa de los Vitelli, estrechamente unidos, lograron salvarse a pesar de la hostilidad del país y de sus enemigos. Pero los soldados del duque, no contentos de haber despojado a los hombres de Liverotto, comenzaron a saquear Sinigaglia, y si el duque no hubiera reprimido la rebeldía con la muerte de muchos de ellos, la habrían saqueado entera”.

“Llegada la noche y reprimidos los tumultos, el duque decidió matar a Vitellozzo y Liverotto: conducidos a un mismo lugar, los hizo estrangular. Ninguno de ellos tuvo en ese momento palabras dignas de su vida pasada, porque Vitellozzo rogó que se pidiera al Papa que le concediera indulgencia plenaria por sus pecados; Liverotto, llorando, descargaba sobre Vitellozzo la culpa de las ofensas inflingidas al duque. Pagolo y el duque de Gravina Orsini fueron dejados con vida, hasta que el duque supo que en Roma el Papa había arrestado al cardenal Orsini, al arzobispo de Florencia, al señor Iacopo da Santa Croce; después de esta noticia, el día 18 de enero, en Castel della Pieve, ellos también fueron estrangulados de la misma manera”.

Es ciertamente la página más célebre del Maquiavelo menor;

se ha dicho que, en contraste con su dramático contenido, la narración es fría y geométrica y lleva a una conclusión lógica como un teorema; pero por debajo de esta impecable consecuen- cialidad, corre el fervor de la pasión intelectual, que se exalta en el descubrimiento de la verdad, semejante, aunque en otra esfera, a tantas de las mejores páginas de Galileo.

Lo mismo en el opúsculo sobre los rebeldes de Valdichiana. Aquí, junto al paradigma borgiano, hace su aparición, o mejor, su irrupción, la hipóstasis de Roma, suprema encarnación de la sabiduría política y correspondiente histórico de lo que César Borgia es en el campo de la experiencia política presente. Maquiavelo infunde en las palabras que Lucio Furio Camilo dirige a los padres conscriptos, el pragmatismo conquistado en sus recientes experiencias: "...os diré sólo esto: es sólido aquel imperio cuyos súbditos son fieles y leales a su príncipe, pero lo que se ha de deliberar, es preciso hacerlo con prontitud, teniendo vosotros tantos pueblos inciertos entre la esperanza y el temor, a los que hay que sacar de esta ambigüedad, asignándoles pena o premio". Y recordando que el senado a veces destruía y otras perdonaba a las ciudades rebeldes, agrega: "esta decisión nos lleva a pensar que los romanos, al juzgar los territorios rebeldes, pensaron que era necesario, o ganar su fidelidad con los beneficios, o tratarlos de manera tal que jamás pudieran volver a dudar; por esto juzgaron errada toda medida inter- media que se adoptara".

El ejemplo romano comienza a asumir la validez de una ley histórica atemporal: "He oído decir que la historia es maestra de nuestras acciones y particularmente de las de los príncipes, y que el mundo ha sido siempre poblado por hombres que han tenido las mismas pasiones, y que siempre hubo quien obedeció y quien mandó y quien obedece de buen grado y quien se re- belaba y es sometido... Por lo tanto, si es verdad que la historia es maestra de nuestras acciones, me parece oportuno que quien debe castigar y juzgar las tierras de Valdichiana, tome ejemplo e imite a quienes han sido los dueños del mundo... Los romanos pensaban una vez que a los pueblos rebeldes se les debía benefi- ciar o extinguir y que todo otro medio es peligrosísimo". Esta- blecidas estas premisas, pasa a examinar la situación política presente, a criticar la actuación indecisa de la República floren-

tina y a aconsejar, por último, coger audazmente la ocasión: “Recuerdo haber oído decir al cardenal Soderini que entre las alabanzas que se podía tributar como gran hombre al Papa y al duque (Alejandro vi y Cesar Borgia), se contaba ésta: que son conocedores de la ocasión y que la saben aprovechar oportunamente...”.

Los principios fundamentales de las obras mayores ya están formulados: la historia se repite y, por lo tanto, es fuente normativa para el presente; los romanos, modelos de realismo político; nada más peligroso que la ambigüedad cuando es preciso actuar; nada más útil que saber coger la ocasión. En estas primeras formulaciones, tan definidas y sistemáticamente aplicadas que parecen ya persuasiones maduras, la sombra del romano Camilo se funde con la de César Borgia para modelar aquel complejo héroe político que será más adelante el príncipe, historia hecha experiencia, experiencia enraizada en la historia.

Otros elementos se incorporan al incipiente sistema en el tercer escrito de 1503, que trata sobre la manera de proveer a la República de medios adecuados a la situación política. Se trata, en muchos fragmentos, de un Maquiavelo mayor; el estilo es ya el de *El Príncipe* o de las *Istorie fiorentine*: rápido, solemne y apasionado, perentorio sobre todo: “todas las ciudades que por algún tiempo han sido gobernadas por un príncipe absoluto, por optimates o por el pueblo, como es gobernada ésta, se han valido para su defensa de la fuerza mezclada con la prudencia; porque ésta sola no basta y aquella, o no lleva las cosas a buen fin, o no las mantiene en él. Son pues estas dos cosas el alma de todos los Estados que hubo y que habrá en el mundo; y quien haya observado las transformaciones de los reinos, la ruina de provincias y ciudades, ha constatado que la causa ha sido sólo la falta de armas o de juicio”. En el célebre capítulo xviii de *El Príncipe* (“debeis saber que hay dos maneras de combatir...”), el problema se plantea y resuelve con soluciones de contenido y de estilo substancialmente análogas. El resto del discurso vale el exordio: “...toda ciudad, todo Estado, debe tener en concepto de enemigos a todos los que pueden esperar poder ocuparlos y de quienes no pueden defenderse. No hubo jamás ni señoría, ni república sabia que aceptara tener su Estado a discreción de los demás o que, teniéndolo, le pareciera

estar segura”; “...los hombres no pueden ni deben ser fieles servidores de un señor por el cual no puedan ser defendidos ni corregidos; ...yo os he dicho que os podrán ser amigos aquellos señores que no están en condiciones de ofenderos, y de nuevo os lo repito: porque entre hombres particulares, las leyes y los acuerdos escritos obligan a mantener la palabra, pero entre príncipes, sólo las armas pueden lograrlo”.

La visión política ya ha superado en mucho la contingencia de la que ha surgido; de ahora en adelante la proyección del caso particular a un plano superior de sabiduría política, primero, de ciencia política después, se convertirá en una ineludible necesidad intelectual, preservada de las esquematizaciones del intelectualismo por su robusto sentido de la realidad.

En este mismo escrito (*Palabras sobre la provisión de dinero*), afronta con descarnado realismo el problema de las relaciones de Florencia con Francia, Venecia, el Papa y César Borgia. “Es necesario decir la verdad y yo lo quiero hacer. Los otros suelen llegar a ser sabios por los peligros corridos por los vecinos; vosotros (los florentinos) no os enmendais ni siquiera por los vuestros, ni prestais fe a vosotros mismos, ni advertís el tiempo que perdeís y el que habeís perdido. ¡Como llorareís, y sin fruto, si no cambiáis parecer! Porque yo os digo que la fortuna no cambia rumbo donde no se cambia orden, ni los cielos quieren o pueden mantener una cosa que quiera precipitar de todas maneras. Lo cual no puedo creer que acontezca viéndoos, florentinos, libres y con la libertad en vuestras manos, hacia la cual creo que tendréis aquel respeto que ha tenido siempre quien ha nacido libre y desea vivir libre”.

Los escritos de 1503 muestran ya un Maquiavelo no sólo compenetrado de la lógica política, sino capaz de definirla teóricamente, de definir la teoría de la acción política. Por ahora sus bases son éstas: toda ambigüedad es dañina; la virtud del hombre de Estado consiste en saber coger osadamente la ocasión, en aunar las armas con la prudencia, en saber que son enemigos todos los que pueden dañar y amigos solamente los que no pueden hacerlo; en saber que la lealtad política se apoya en la fuerza y que no hay “fortuna” fuera de la inteligencia política; que ésta se puede adquirir con el estudio de la historia, la cual se repite siempre y nos muestra la ciencia política actuada por la sabi-

duría; quien no la aprende, sucumbe, porque es justo que los pueblos se rebelen a quien no sabe defenderlos y guiarlos; el fin de la sabiduría política es el Estado, en el que se apoya la única forma de moralidad política que Maquiavelo reconoce, la libertad. Principios bien perspicuos que Maquiavelo refuerza con la constante polémica, a cuyo ardor, como dice De Sanctis, la experiencia cotidiana ofrecía continuamente el combustible de la necedad, la cobardía, las ilusiones y las indiscutidas tradiciones retóricas y morales.

En este grupo de escritos, hace su aparición un estilo de planteamiento, ya observado por F. Chabod, que en las obras mayores será aún más notorio y que constituye una faceta más del pragmatismo maquiavélico. Su interés va a la realidad “efectual”, a la acción política concreta; lo que existe, encuentra su justificación en su existir mismo y su definición en su historia; son realidades dadas sobre las que es inútil teorizar. Así en el capítulo primero de *El Príncipe*: “Todos los Estados, todos los dominios que han tenido o tienen imperio sobre los hombres, han sido o son repúblicas o principados. Los principados son, o hereditarios...”. Preguntarse qué cosa es el Estado, cuál su origen y su fin, etc., le parecería una divagación inútil. Si el Estado existe, es indiscutible; al político no le corresponde justificar una existencia que evidentemente la historia no sólo ha justificado, sino también postulado; su tarea es analizar su comportamiento. La novedad de esta actitud resalta aún más si se tienen presentes otras obras y otros pensadores políticos; pensemos en la *Política* de Aristóteles o en el *De regimine principum*, de Santo Tomás y a sus preámbulos sobre la definición y origen de la sociedad; en las largas discusiones de Locke sobre el estado natural y el origen de la sociedad política en *Two Treatises of Government*; en el primer libro del *Esprit des Lois* de Montesquieu, o en los capítulos iniciales del *Contrat Social* de Rousseau.

El último trimestre de 1503 encuentra a Maquiavelo en misión en Roma, espectador del cónclave del que salió el Papa Julio II y del derrumbe de César Borgia, al que la “fortuna” adversa ha hecho “irresoluto, voluble y receloso, incapaz de perseverar en cualquier decisión”. La admiración se trueca, más que en condena, en indiferencia. ¿Se dice que Julio II lo

ha hecho arrojar al Tíber? “Puesto que está atrapado, vivo o muerto que esté, ya no tiene importancia”. De Julio II, un esbozo rápido y amargo: “...se ve que este Papa comienza a pagar sus deudas muy honorablemente y las borra con el fustán del tintero”. Las deudas a que alude, son las que tenía con Borgia, que lo había ayudado en su elección.

Los escritos sobre la “ordenanza” militar son de 1506 y se refieren, como dice el título de uno de ellos, a la manera de “ordenar el Estado de Florencia a las armas”, esto es, de dar al Estado una milicia propia y no mercenaria, enrolada en el campo y en la ciudad, de a pie y de a caballo. Maquiavelo visita personalmente el Mugello y el Casentino; describe detalladamente cómo debe ser llevado a efecto el enrolamiento, cómo ordenar, entrenar y, eventualmente, castigar a los cuerpos de ejército; logra obtener ese mismo año la institución de una magistratura ad hoc, “los Nueve de la Milicia”, especie de ministerio de la guerra. Fundamenta políticamente la ordenanza: “Quien habla de imperio, reino, principado, república, quien habla de hombres que mandan... habla de justicia y de armas. Justicia para moderar y corregir a los súbditos y armas para defensa del enemigo”. “Advertiréis aún en vuestros días, cuán distinto es tener ciudadanos soldados por elección y no por corrupción (es decir, soldados escogidos por el Estado y no soldados de oficio, generalmente de dudosa moralidad), como tenéis al presente; porque si alguien, crecido entre burdeles, no ha querido obedecer al padre, terminará soldado; pero saliendo de escuelas honestas y de una buena educación, podrán honrarse a sí mismos y a su patria”. “Por lo que se refiere a las armas, no todas son indiscriminadamente buenas... habiendo (la Señoría) experimentado largamente, con gran dispendio y peligro, cuán poca confianza se puede depositar en los soldados y armas externos y mercenarios, porque si son muchos y afamados, son o insoportables o sospechosos, y si son pocos y sin reputación, no ofrecen utilidad alguna: juzgad preferible armarse con armas propias y con hombres propios, de los cuales en vuestro dominio hay en gran copia, de manera tal que se podrá contar con el número de hombres bien calificados que se proyectará”. Esta idea constituirá para Maquiavelo el infaltable corolario de toda reflexión política y será una de sus afirmaciones más revolucio-

narias; tocaba con ella un tema fundamental en la estructura del Estado moderno, así como venía surgiendo en Francia y España; para Italia era prematuro.

En 1506 está de nuevo en Roma; Julio II se prepara a conquistar personalmente Bolonia y ha pedido a la República florentina su “condottiere” Marcantonio Colonna. En el pasaje de su informe en que describe la embajada de los boloñeses al Papa, Maquiavelo traza, con la respuesta del pontífice, uno de los más poderosos retratos psicológico-políticos de su prosa. Los boloñeses proclaman la fidelidad y sumisión de su ciudad a la Iglesia y la piedad y respeto de la ley con que se rigen. “Respondió el Papa que si ese pueblo era devoto a la Iglesia, sólo cumplía con su deber, porque era su obligación serlo y porque la Iglesia era tan buen señor, como él buen siervo suyo; con respecto a los capítulos (privilegios concedidos a la ciudad), no le importaba lo que habían hecho los otros papas ni lo que había hecho él mismo, porque los otros papas y él no habían podido hacer otra cosa y la necesidad, y no la voluntad, se los había hecho confirmar; pero, llegada la oportunidad de modificarlos, le parecía, si no lo hiciera, no tener excusa alguna delante de Dios, y que por esto se había movido (a la conquista de la ciudad); su fin era que Bolonia viviera bien, como ellos decían, y por esto quería trasladarse en persona a la ciudad; y si la manera de vivir que tenía le agradaba, la confirmaría; si no, la cambiaría; y para poder hacerlo con las armas, si con otros medios no se podía, había preparado fuerzas tales, que harían temblar no sólo a Bolonia, sino a Italia”.

Un año después (diciembre de 1507), junto con su amigo, el “oratore” Francesco Vettori —futuro destinatario de la famosa carta-presentación de *El Príncipe*— va camino a la corte del emperador Maximiliano, que desea ser coronado en Italia y que para ganar tiempo, pide dinero a los florentinos. Maquiavelo es enviado a pedir una rebaja y a escudriñar las cosas de Alemania. Llega al Tirol por Suiza, no sin informar minuciosamente sobre la estructura política, económica y militar de ésta. Las observaciones sobre el Tirol y el Imperio, enviadas en una primera *Relación sobre las cosas de Alemania* (1508), fueron reelaboradas cuatro años más tarde con el nombre de *Retrato de las cosas de Alemania*. Como en las obras de 1503, ésta también

nace de la necesidad interior de ordenar y organizar sus observaciones y de elaborar una síntesis iluminada por un principio político rector. Hay aquí también algunas descripciones de aguda sicología individual, como la del mismo emperador, que podría ser grande, pero sería necesario “o que cambiara su naturaleza, o que Alemania lo ayudara de verdad”. “El emperador no pide consejo a nadie, y es aconsejado por todos; quiere hacer todo por sí mismo, y no logra hacer nada a su manera; ...la liberalidad y afabilidad, por las que es alabado por muchos, terminan por minarlo”. Hay descripciones de índole social, como la famosa página sobre los tiroleses. “Porque los pueblos en privado son ricos, la razón es ésta: que viven como pobres, no edifican, no se visten bien y no tienen muebles en casa; les basta abundar de pan, de carne y tener una estufa con la que evitar el frío; y quien no posee las otras cosas, prescinde de ellas y no las busca. Gastan para vestirse dos florines en diez años y cada uno vive a su gusto en estas condiciones y nadie piensa en lo que le falta, sino en lo que necesita, y sus necesidades son mucho menores que las nuestras. Por éstas sus costumbres, no sale dinero del país, contentándose de lo que el país produce: y en el país siempre entra y es llevado el dinero de quien desea sus productos, trabajados a mano, con los que han invadido toda Italia. Y la ganancia que logran es mayor, porque gran parte de ella proviene de la factura y mano de obra, con poca inversión de dinero en otras cosas. Y así gozan de ésta su tosca libertad y vida; y por esta causa no quieren ir a la guerra si no son muy bien pagados; y ni siquiera esto bastaría, si no lo ordenara la comunidad. Por lo tanto, el emperador necesita mucho más dinero que otros príncipes porque, cuanto mejor están los hombres, tanto más difícil es mandarlos a la guerra”.

De premisas psicológicas individuales y sociales, saca consecuencias políticas. Las comunidades hostilizan al emperador, que quisiera privarlas de su libertad; los príncipes se le oponen porque quiere reducirlos a la obediencia: son las fuerzas centrífugas rebeldes a la formación del Estado moderno, centralizado en la monarquía. Príncipes y comunidades están, además, en guerra entre sí. Ningún príncipe osa, aisladamente, oponerse a los planes del emperador, pero “para un emperador es de gran obstáculo no ser ayudado por los príncipes en sus proyectos;

porque quien no osa hacerle guerra, osa negarle ayuda; y quien no osa negársela, tiene la osadía, una vez prometida, de no cumplir; y quien no osa tampoco esto, osa aplazar tanto las promesas, que no llegan a tiempo para ser útiles”.

En 1509 va a Mantua a pagar la extorsión imperial: una suma compromete a Maximiliano a no ofender a Florencia. En la segunda mitad de 1510, nueva embajada ante Luis XII; consolidar la alianza entre Francia y Florencia, esta vez en función antivenecciana, y evitar la ruptura entre el rey y Julio II, que está organizando, contra Francia, la Liga Santa: ésta la misión de Maquiavelo. “Ha causado aquí gran disgusto a todos, escribe, esta actitud del Papa, que parece querer la ruina de la cristiandad y de Italia”. Son frecuentes los juicios penetrantes sobre las condiciones de Italia, como la siguiente página en la que refiere un coloquio. “El rey ha referido a un hombre que no dice mentiras: “El emperador me ha invitado muchas veces a dividir con él Italia; yo no he querido nunca consentir, pero el Papa esta vez me obliga a hacerlo”. “Por lo tanto, Vuestras Señorías (los Diez, a los que Maquiavelo escribe), en esta guerra entre el papa y el rey corren dos peligros: uno, si el que os será amigo perdiere; el otro, si Francia y el emperador se unieren en detrimento vuestro... Y aquellos italianos que están aquí, y que tienen mucho que perder, creen que para evitar estos peligros hay que hacer lo posible para que el Papa alcance un acuerdo con el rey; si esto no se lograre, habría que recordar al rey que para frenar al Papa no hay necesidad de tantos emperadores ni de hacer tanto ruido, porque los otros que en el pasado le han hecho guerra, o lo han engañado, como hizo Felipe el Hermoso, o lo han hecho encerrar en Castel S. Angelo por sus feudatarios, los cuales no han sido aplastados a tal punto que no se pueda encontrar manera de volver a ponerlos en pie. Durante el paseo que ayer en la mañana hice con Ruberte, hablé sólo de esto... y agregué que declarando guerra (los franceses) abiertamente contra el Papa, no podrían vencer sin peligro, porque si la hicieren solos, no ignoran lo que ello implicaría (Maquiavelo insinúa una posible alianza del emperador y del rey de España con el Papa); si la hicieren acompañados, deberán compartir Italia con un compañero, contra el cual deberán

después entablar una guerra mucho más peligrosa de la que habrán hecho con el Papa”.

Pocos meses después de esta misión, Maquiavelo escribió el *Retrato de las cosas de Francia*, un breve ensayo sobre las condiciones del rey, de los nobles, del pueblo y del clero, sobre las condiciones de las fronteras y la relación de fuerza con las otras naciones y con Italia, a la que los franceses no temen porque carece de príncipes guerreros y porque no está unida, como en tiempos de Roma. Abunda, además, de informaciones administrativas, fiscales y militares, y de observaciones psicológicas; y todo con su habitual tono perentorio: “Los franceses son por naturaleza más altaneros que fuertes o diestros; si al primer ataque se logra resistir su fiereza, se vuelven tan humildes y pierden de tal manera el ánimo, que se vuelven cobardes como hembras”. “La naturaleza de los franceses es ávida de lo ajeno, que después derrochan junto con lo propio. El francés robaría hasta el aliento para comérselo y compartirlo con aquel a quien lo ha robado; natural contrario al español, que aquello que te roba, no se vuelve a ver jamás”.

En el *De natura Gallorum*, el mismo lenguaje sentencioso: “Son más tacaños que prudentes. Son más ávidos de dinero que de sangre. Son generosos solamente en las audiencias. Cuando no te pueden hacer el bien, te lo prometen; cuando te lo pueden hacer, lo hacen con dificultad o nunca. Son humildísimos en la mala fortuna, en la buena insolentes”. Son aforismos decantados, sin la menor vibración personal.

Volvió por última vez a Francia en 1511 con el encargo de persuadir a cuantos pudiera, cardenales, ministros y rey, de no convocar en Pisa el concilio que, en represalia de la Liga Santa, debería haber depuesto a Julio II; un concilio que atraería —como aconteció— los rayos del iracundo pontífice sobre Florencia. El concilio se celebró lo mismo, y esta vez Maquiavelo debió tratar de convencer a los conciliares de volver a casa.

En 1512, el cardenal Giovanni de Medicis, representante de la familia después de la muerte de Piero, logró del pontífice hacerse conceder los ejércitos de la Liga Santa para castigar la francofilia de la República de Florencia y la hospitalidad otorgada en Pisa al concilio cismático. Defendida por el honesto e inepto

confaloniero Pier Soderini y por las flamantes e inexpertas milicias de ordenanza, constituidas por Maquiavelo, Florencia, después de una mediocre resistencia, se entrega al cardenal Giovanni, que regresa después de 18 años de destierro protegido por tropas españolas, como sucesor de Piero. A pesar de su profesión de obediencia al nuevo señor, Maquiavelo es destituido, deportado y sometido a tortura; cuando Giovanni, en 1513, se convierte en el papa León X, es puesto en libertad y puede retirarse a administrar la poca tierra que posee.

El 9 de abril de 1513, un mes después de su liberación, escribía al amigo Francesco Vettori, ahora embajador ante el papa: "Puesto que mi destino ha querido que yo, no sabiendo hablar de seda ni de lana, ni de ganancias ni de pérdidas, me limite a razonar sobre el Estado, no me queda más que callar o hablar de ello".

Y Maquiavelo, que agrega a su firma un melancólico "quondam segretario", va hablar sobre el Estado por los catorce años restantes de su vida.

BIBLIOGRAFIA

- Para las obras de Maquiavelo, he seguido:
- G. SASSO, *N. Machiavelli, storia del suo pensiero politico*, Napoli, 1958.
- N. MACHIAVELLI, *Tutte le opere storiche e letterarie, a cura di G. Mazzoni e M. Casella*, Firenze, 1929.
- F. ERCOLE, *La politica di N. Machiavelli*, Roma, 1926.
- F. CHABOD, *Del Principe di N. Machiavelli*, Milano, 1926.

Las traducciones al castellano pertenecen al autor del artículo. Además, de las obras ya clásicas sobre el pensamiento de N. M., de Villari, De Sanctis y Croce, he consultado:

Un interés particular ofrecen algunos excelentes comentarios; he tenido presente el de F. CHABOD (Torino, 1927), de V. ARANGIO-RUIZ (Milano, 1956), L. RUSSO (Firenze, 1938).